

De la inmensa mayoría a la selecta minoría

Francisco Marcellán Español

Catedrático de Matemática Aplicada.
Universidad Carlos III de Madrid.

No hay nada más sorprendente que ver la facilidad con que los muchos son gobernados por los pocos; y observar la sumisión explícita con que los hombres renuncian a sus propios sentimientos y pasiones ante los de sus gobernantes. Cuando investigamos por qué medios se produce esta maravilla, descubrimos que, dado que la fuerza está siempre del lado de los gobernados, los gobernantes no tienen nada que les respalde salvo la opinión. Así pues, el gobierno se basa tan solo en la opinión; y esta máxima se extiende tanto a los gobiernos más despóticos y más militares como a los más libres y más populares

David Hume

Esta paradoja analizada por Hume en sus Primeros Principios del gobierno explica por qué las élites están tan dedicadas al control del adoctrinamiento y del pensamiento, un tema importante y descuidado de la historia moderna. Y si, incluso, el Estado carece de fuerza para coaccionar y puede escucharse la voz del pueblo, es necesario asegurarse de que esa voz dice lo correcto, y actúa de manera correcta. Curiosamente, este control del pensamiento es más importante para los gobiernos libres y populares que para los estados despóticos y militares. La razón lógica es sencilla: Un Estado despótico puede controlar a su enemigo interno mediante la fuerza, pero cuando el Estado pierde su arma, se re-

quieran otros dispositivos para impedir que las masas ignorantes interfieran en las cuestiones públicas, que no constituyen un asunto suyo y en todo caso, obedecen a un consenso implícito acerca del poder de la élite y la sumisión de la inmensa mayoría a los designios de los especialistas y profesionales del «bien común». Estos están dispuestos a conceder derechos al pueblo pero dentro de un marco «razonable». Esta doctrina constituye un principio básico de los estados democráticos modernos, hoy puesto en práctica a través de varios medios para proteger las operaciones del Estado del análisis público: catalogación como secretos de determinados documentos bajo el pretexto, en gran parte fraudulento, de la seguridad e interés nacional, operaciones clandestinas (las famosas cloacas del Poder) y otras medidas para impedir el acceso de los ciudadanos y ciudadanas al escenario político. Las mismas ideas sirven de marco a la tarea profesional esencial y a la responsabilidad de la comunidad intelectual: dar forma a los datos histórico percibidos y a la visión del mundo contemporáneo en interés del Poder asegurando así que el público, adecuadamente desconcertado, se mantiene en su lugar y cumple su función expectante e inactiva. Y sin duda, la actividad debe pasar a los buenos y escasos

que constituyen la aristocracia del Poder, bien en forma de vanguardia económica (el capital financiero e industrial), ideológica (los intelectuales «expertos» que articulan el consenso de los poderosos, los agentes de la comunicación, etc.) y en la representación política a través de la nuevas vías de consenso social.

La ingeniería del consenso

Según los conceptos dominantes, no se produce ninguna infracción de la democracia si unas cuantas empresas controlan el sistema de información; de hecho, ésa es la esencia de la democracia. La mismísima esencia del proceso democrático es la libertad de persuadir y sugerir, la ingeniería del consenso. Si la libertad para persuadir está concentrada en unas pocas manos, debemos reconocer que tal es la naturaleza de una sociedad libre. El control del pensamiento público se convierte en un objetivo prioritario dado que constituye el único peligro serio al que se enfrenta el entramado industrial y financiero. El diario *Wall Street Journal* describe con entusiasmo los esfuerzos concertados del mundo empresarial norteamericano para cambiar las actitudes y valores de los trabajadores frente a los retos productivos de manera que la apatía se convierta en lealtad a la empresa. En nuestro país,

hemos asistido en los últimos años a la asunción por parte del Gobierno del PSOE de ese discurso «moderno» de la CEOE que pasa por términos como precarización del empleo, indefensión jurídica, destrucción de puestos de trabajo, competitividad desafiada etc. y que los medios de comunicación han transmitido fielmente hasta tal punto que han conseguido anular la capacidad de reacción de los trabajadores a la espera de tiempos mejores. Esa dinámica de lo «políticamente correcto» que lleva a encerrarse en el mundo restringido individual, del escepticismo suicida ante la posibilidad de la acción colectiva y solidaria, de ese sálvese quien pueda y consuma lo que consigamos convencerle a través de los medios de que disponemos, se ve agigantada en la crisis de ideas y valores en que nos encontramos.

La manipulación consciente e inteligente de los hábitos y opiniones organizados de las masas populares constituye un elemento importante en una sociedad democrática. Son las minorías inteligentes las que precisan recurrir continua y sistemáticamente al uso de la propaganda. La fabricación del consenso se ha convertido en un arte altamente consciente y en un órgano regulador de gobierno popular. Esta constituye un proceso natural cuando no se puede confiar en la opinión pública. En ausencia de las instituciones y de la educación mediante las cuales el entorno está tan bien informado que las realidades de la vida pública destacan muy claramente frente a la opinión egocéntrica, los intereses comunes eluden por completo a la opinión pública y pueden ser manejados únicamente por una clase especializada cuyos

intereses personales van más allá del ámbito local y pueden, de este modo, percibir «las realidades». Estos son los hombres de gran valía, los únicos capaces de desarrollar la gestión económica y social.

Sobre los roles políticos

De lo anteriormente expuesto se sigue que haya que distinguir claramente dos papeles políticos. En primer lugar, el papel asignado a la clase especializada, a los «expertos», a los «hombres responsables» que tienen acceso a la información y a la comprensión de los datos disponibles. Idealmente, deberían poseer una educación especial para ejercer un cargo público y deberían dominar los criterios para resolver los problemas de la sociedad. En la medida que tales criterios puedan hacerse exactos y objetivos, la decisión política, que es su dominio, entra de hecho en relación con los intereses de los hombres. Los «hombres públicos» han de dirigir la opinión y asumir la responsabilidad de la formación de una opinión pública sólida. Ellos inician, administran, establecen y deberían ser protegidos de «observadores ignorantes y entrometidos, del público general, que es incapaz de lidiar con la «esencia del problema». Habiendo dominado los criterios para la decisión política, la clase especializada, protegida de las intromisiones públicas, servirá al interés público (lo que eufemísticamente se denomina interés nacional) de acuerdo con los esquemas mistificadores elaborados por las ciencias sociales académicas y el comentario político.

El segundo papel es «la labor del público», que es mucho más limitada. No corresponde a éste

juzgar los méritos intrínsecos de una cuestión u ofrecer análisis o soluciones, simplemente, en ocasiones, poner su fuerza a disposición de uno u otro grupo de hombres responsables. El público no razona, investiga, inventa, convence, negocia o establece. Por el contrario, el público actúa sólo poniéndose del lado de alguien que esté en situación de actuar ejecutivamente, una vez ha pensado sensata y desinteresadamente en el asunto en cuestión. Es precisamente por este motivo que «hay que poner al público en su lugar». La multitud aturdida que patalea y ruge tiene su función: ser el espectador interesado de la acción, no el participante. La participación es deber de los «hombres responsables».

Esta filosofía política para la democracia liberal, tan en boga en los últimos años, presenta una inconfundible semejanza con el concepto leninista del partido de vanguardia que conduce a las masas a una vida mejor que no pueden concebir o construir por ellos mismos. En realidad, la transición de una postura a la otra (aunque aparentemente antagónicas en el discurso de la Guerra Fría y del neoliberalismo) ha demostrado ser bastante fácil a lo largo de los años. Ello no es sorprendente dado que ambas doctrinas tienen orígenes similares. La diferencia decisiva reside en una valoración de las perspectivas para el Poder: a través de la explotación de la lucha popular o del servicio a los actuales amos.

Tras todas estas propuestas existe un supuesto tácito: la clase especializada tiene la oportunidad de gestionar los asuntos públicos en virtud de su subordinación a los detentadores del verdadero poder (en las sociedades industriales avanzadas, los inte-

reses económicos dominantes), hecho que es ignorado en la autoadulación de los electos. Siguiendo el guión elaborado por Bakunin hace un siglo, el sacerdote secular presente en dos de los principales sistemas de jerarquía y coacción, considera a las masas como estúpidas e incompetentes, una multitud aturdida que debe ser conducida a un mundo mejor (un mundo que, nosotros, la minoría inteligente, construiremos para ellos ya sea tomando nosotros mismos el poder estatal según el modelo leninista o siendo útiles a los dueños y directivos del capital si es imposible explotar la revolución popular para alcanzar la cima del poder).

A modo de conclusión

Estas reflexiones sobre el Poder y sus útiles para perpetuarse, exigen que el problema del adoctrinamiento sea algo diferente para aquellos que se supone participarán en la toma de decisiones y un control serios: la empresa, el Estado, los gestores culturales y aquellos otros con capacidad para expresar sus propuestas en general. Deben asumir la internalización de los valores del sistema y el compartir las ilusiones necesarias que permiten que éste funcione en interés del poder y el privilegio concentrados (o por lo menos, ser lo bastante cínicos como para pretender que lo hacen, arte que pocos pueden dominar). Pero también deben

tener un cierto conocimiento de las realidades del mundo o no serán capaces de llevar a cabo sus tareas de forma eficiente. Los medios de comunicación y los sistemas educativos deben abrirse paso a través de estos dilemas.

En el marco de unas Jornadas sobre Renacimiento, Reforma, Ilustración las ideas anteriormente expuestas pretenden poner de manifiesto la vigencia en nuestras sociedades avanzadas de aquel pensamiento proudhoniano: *Ser gobernado es ser inspeccionado, espionado, dirigido, reglamentado, adoctrinado, legislado, controlado, estimado, oprimido, censurado por seres que no tienen ni el título, ni la ciencia, ni la virtud...* **A**